

<http://www.farodevigo.es/servicios/hemeroteca/hemeroteca.jsp?pRef=2010123000000>


[farodevigo.es](#) » [Portada de Arousa](#)



Un artista en su estudio

El figurativo abstracto

Lucas Míguez es muy conocido en O Salnés por sus esculturas realistas de Cabanillas o los personajes de Valle Inclán, pero su obra de vanguardia está en museos de Japón, México, Estados Unidos, Madrid o Barcelona

 08:47

VOTE ESTA NOTICIA



Míguez se considera un ecléctico, amante de estilos y géneros diferentes. // Iñaki Abella

Lucas Míguez lleva más de cuarenta años pintando y haciendo



escultura. Ya ha asumido que el arte no va a cambiar el mundo, y que aunque puede ser "una medicina para muchos males" no pasa de ser una aspirina –nunca una vacuna–, pero aún así sigue trabajando con la misma ilusión y tesón con que empezó cuando era un cachorro a punto de graduarse en la escuela de Bellas Artes de San Fernando y se vio alcanzado por la onda expansiva que significó el grupo El Paso para el arte español de mediados del siglo pasado. Ha llegado a la

conclusión de que la fama no merece la pena, y de que lo más importante para un artista es "ser honesto consigo mismo". Su estudio y vivienda se encuentran sobre una colina, en Meis.

LUCAS MÍGUEZ - O SALNÉS A mediados de la década de los sesenta Lucas Míguez está terminando sus estudios de Bellas Artes en San Fernando. Se ha empapado de clasicismo; ha aprendido a dibujar y a moldear con exquisita corrección y conoce la obra de los grandes genios de la antigüedad. Pero, al mismo tiempo, empieza a notar que el academicismo no le sacia por completo. Irrumpen entonces en el paisaje artístico español Saura, Chillida, y los demás maestros del grupo El Paso. La vanguardia penetra como un ciclón en su vida, con su aire fresco de libertad y rebeldía. Son los años de la canción-protesta y miles de jóvenes asumen casi como un deber ético una postura de enfrentamiento con el anquilosado establishment franquista. Lucas Míguez también llevaba pólvora en las venas –estuvo dos veces en la cárcel durante la dictadura– y abraza con entusiasmo la abstracción. Sin embargo, lo hace sin abandonar del todo la obra de corte realista. La producción del escultor de Mos afincado desde hace siete años en San Salvador de Meis es, desde hace cuatro décadas, un gran dragón de múltiples cabezas: escribe poesía, pinta, y su escultura es, a veces, un prodigio de exactitud realista y, otras, la recreación de pulsiones y sueños. Una versatilidad con la que confiesa sentirse muy a gusto.

La esencia de las cosas

Lucas Míguez es muy conocido por sus obras de figuración. El conjunto escultórico de la plaza de O Castro (Vilanova), donde dio forma a varios personajes de Ramón del Valle Inclán, o su escultura de Ramón Cabanillas, situada delante del consistorio de Cambados, son muy apreciados por el público. En esos trabajos es tan minucioso que no le pasan desapercibidos ni los cordones de los zapatos ni la más tenue arruga del rostro del personaje al que está retratando. El resultado son esculturas que irradian tanta vida que casi parecen respirar. Sin embargo, Lucas Míguez también posee una abundante obra abstracta, expuesta en museos de Japón, México o Estados Unidos. En España tiene obra suya desde la Fundación Inglada Guillot de Barcelona hasta el museo de la escuela de Bellas Artes de Madrid.

“La abstracción es una corriente que busca la esencia de las cosas. No se trata de representar la realidad, sino de plasmar un estado de ánimo o un concepto. En la abstracción, la obra debe hacerte sentir algo”, afirma Lucas Míguez en el salón de su vivienda, una acogedora casa situada sobre una colina con vistas al valle y los montes de San Salvador de Meis.

Para el artista afincado en Meis la clave de una obra radica en la comunicación entre autor y espectador. Por ello, opina que en abstracción no vale todo. “Las vanguardias arrastraron una pléyade que trabajaba sin criterio, sin una técnica de fondo, y que dejó de lado la búsqueda de la esencia para preocuparse solo por la forma, por lo estético. Eso desacreditó algo la abstracción”.

Lucas Míguez es consciente de que, al menos en O Salnés, le colgaron la etiqueta de realista. Pero asume que las clasificaciones tienen, como casi todo en la vida, una cara buena y otra mala. “Las etiquetas son como una espada de dos hojas. Son buenas porque la gente sabe que en un estilo determinado puedes hacer una cosa bien. Y son malas porque a veces te encajan en un estilo y parece que si haces otra cosa te estás traicionando a ti mismo. Y no es eso, porque una persona es diversa”.

Honradez y honestidad

“Un artista ha de ser ante todo honesto consigo mismo. Debe tener la honradez de no engañarse a sí mismo con lo que siente y expresa. Lo que siente un artista debe ser verdadero, y no debe dejarse llevar por modas o corrientes de éxito. La honestidad es la base de una obra auténtica”.

Lucas Míguez traslada esa filosofía a toda su obra, ya sea el retrato de un poeta fallecido hace medio siglo, una pieza abstracta, surgida de las simas de su introspección o el encargo de un ayuntamiento. Él trabaja ocasionalmente como negro de otros escultores y también realiza obras por encargo para varias administraciones públicas. Pero ni siquiera entonces relaja su nivel de exigencia.

“Trabajar por encargo tiene unos condicionantes que no existen cuando haces una obra tuya. El principal condicionante es normalmente que tienes que ceñirte a algo específico, pero hay otros, como el espacio donde se va a ubicar la escultura o el presupuesto. En ese sentido, el encargo es una maldición porque te limita. Pero al mismo tiempo, es una bendición, y de un encargo puede salir una obra buena si eres

honesto y pones el alma, el corazón y la vida en lo que estás haciendo”, confiesa.

Su forma de ver el arte

El estudio de Lucas Míguez es un maremagnum, con docenas de piezas diferentes esparcidas sin orden aparente. Las tallas abstractas se mezclan con un busto de Cabanillas, el alabastro con el barro. Los cuadros –óleos, acrílicos, acuarelas– se amontonan contra la pared o una mesa. En la finca de su casa ha montado una especie de invernadero, en el que está haciendo el Asorey que le encargó el Concello de Cambados. En el suelo de cemento yacen, aplastadas, docenas de colillas de cigarrillos. Pero las apariencias engañan. El desorden solo es externo.

Míguez concede un gran valor a la disciplina, que en su opinión consiste en “obligarte a hacer las cosas no a lo que salga sino a lo que quieres hacer. Que la causalidad no sea una casualidad”. Cree, asimismo, que el artista tiene que ser capaz de voltear los ojos hacia el interior, de modo que en toda obra, aún en el cuadro más celosamente realista, haya algo de las entrañas de su creador. “El artista es como una esponja que absorbe todo lo que le rodea, y que luego depura y transforma ese material”.

El segundo pilar sobre el que se cimienta el arte sería, en su opinión, su capacidad de comunicar. Cree que “si una obra necesita una explicación literaria es que la comunicación falla”. “Una obra de arte es como un espejo. No todo el mundo va a ver lo mismo, sino cosas reflejadas de sí mismo”. Por ello, entiende que una de las mayores aspiraciones de cualquier artista nada más terminar una pieza es llegar a saber “que a alguien le has llegado a la médula”.

Está convencido de que el arte jamás podrá transformar el mundo “porque el ser humano es lo que es, con sus miserias y grandezas”. Recuerda que, por ejemplo, Adolf Hitler era un gran amante del arte, y un pintor relativamente habilidoso, “pero siguió siendo Hitler”.

No obstante, entiende que la creación tiene importantes funciones sociales, como la de “transportar a la gente a otro mundo que no es el cotidiano”, o el de ofrecer al espectador un placer y un refugio. “El arte puede ser una medicina para muchos males. Pero es una aspirina, no una vacuna”.

En cuanto a los críticos de arte, considera que éstos pierden su función cuando en vez de orientar al público con su bagaje y sus conocimientos se dedica a “escribir piezas literarias sobre una obra”, a menudo más enrevesadas y crípticas que la misma pieza artística. Lucas Míguez también escribe, fundamentalmente poesía, pero confiesa que “no tengo valor para publicar. Escribo para mí, y creo que nunca en la vida publicaré nada porque tengo miedo a quedar mal”.

El futuro

A sus 65 años, admite que ya no le mueven ni las ansias de riqueza ni las de fama. “Tener dinero, si se sabe usar, no es malo. En cuanto a la fama, no me interesa. El prestigio sí que me gusta, que se reconozca lo que haces, pero la fama no”. En su opinión, más que el éxito lo que vale la pena es la sensación interior de triunfo, saber que “has cumplido el reto de hacer algo” y “seguir pensando después de un tiempo que lo que hiciste era bueno”.

Lucas Míguez lleva cuatro décadas creando, pensando al ser humano. A veces es a través de la figuración; otras de la abstracción; y otras, con una personal fusión entre ambos estilos, porque sus obras no suelen ser simples manchas ni figuras irreconocibles. Pero lo que hace siempre es trabajar con la máxima honradez y honestidad. Con las virtudes que solo puede atesorar quien, cuarenta años después, sigue perdidamente enamorado de su trabajo. “Si Dios existe, lo que le pido es poder estar lúcido y activo hasta el último día. Cada día, con menos disfruto más”.